

BERLÍN, CIUDAD SIN ALAS

por Ignacio Martín-Baró

El visitante que llega a Berlín, lo hace normalmente con una idea fija: el muro. E, indudablemente, el muro juega un papel esencial en el aire —externo e interno— de Berlín.

Pero Berlín es mucho más que eso. Berlín es mucho más que una ciudad dividida por una muralla. Valgan unas cuantas notas privadas, tomadas un poco al vuelo y ritmo berlinés (me refiero aquí al Berlín occidental).

Berlín es ante todo una ciudad internacional. Su acento es prusiano; su limpieza, inglesa; sus dimensiones, americanas, y su alegría tiene algo del esponjamiento francés. Las calles y rostros berlineses reflejan su cosmopolitismo: el indio se codea con el yugoslavo, el americano con el sueco, el alemán con el japonés. Recuerdo una pequeña reunión improvisada —ante las consabidas cervezas, claro—, en la que se habló de todo, desde el último chiste sobre W. Ulbricht hasta la reciente encíclica papal. Cito con fidelidad absoluta la nacionalidad de los allí presentes: dos alemanes, un canadiense, un francés, un inglés, un escocés, un italiano, un maltés, un holandés y yo. ¿Lengua? El alemán, por supuesto... hasta donde alcanzaban las posibilidades de cada uno.

Por otra parte, Berlín es una de las pocas ciudades alemanas donde se ve gente por las calles a todas las horas del día. Gente que pasea y gente que trabaja, el turista, el «hippie» y el soldado. En Berlín no hay rostro, vestido o actitud que sorprenda: todo tiene cabida en esta ciudad cosmopolita.

Uno de los rasgos tal vez menos conocidos para nosotros, españoles, sobre Berlín, es su calidad de ciudad-lago. En Berlín existen grandes lagos naturales, a menudo rodeados de maravillosos bosques. Tan es así, que los entendidos definen a Berlín como una ciudad de puentes. Es natural. De hecho, según datos fidedignos, Berlín cuen-

ta con 957 puentes, lo que quiere decir que sólo ella posee más puentes que Venecia y Hamburgo juntas.

Probablemente, el deporte preferido del berlinés es la vela. No hay buen berlinés que no posea su pequeña o gran embarcación. Los fines de semana, los lagos de Berlín se ven cubiertos por una nube de velas blancas —mariposas de viento y agua—, asustadas de vez en cuando por el paso de las grandes barcas fluviales, que alimentan la industria local.

Berlín está lleno de contrastes. Valga una pequeña anécdota, como ejemplo de lo que digo. Paseaba yo por la Kurtfürstendamm, una de las más bellas avenidas berlinesas, que desemboca en la famosa Iglesia del Recuerdo. En una esquina, observo un pequeño grupo de gente. Se trata de un predicador protestante, acompañado de un coro juvenil que llama a los transeúntes al arrepentimiento y a la fe en el Señor Jesús. Me detengo unos momentos a escuchar sus palabras. De pronto, observo que las miradas de todo el mundo se dirigen a un mismo sitio, y que la gente empieza a sonreír y a hacer comentarios. La cosa no era para menos: dos jóvenes, de profesión inequívoca, portaban carteles y repartían anuncios de un «night-club». Pero lo llamativo no era eso. Lo llamativo era que las jóvenes no llevaban encima más que un reducidísimo bikini. Excuso decir la pelotera que se armó... ante la impasibilidad aparente del predicador, que en ningún momento interrumpió su arenga.

Un buen amigo mio alemán me comentaba un día, que en Berlín no se ve más que gente mayor. La observación me parece acertada. En efecto, Berlín es una población casi anciana: por todas partes se ven personas que ya han dejado muy atrás sus años mozos. La juventud —hablo en términos generales— brilla por su ausencia. Todo ello tiende a dar a Berlín un aire como de

museo —triste museo de una guerra, que el mundo sigue empeñado en no olvidar, y no precisamente para bien de la humanidad—. En verdad, ese es el mayor temor de los berlineses: que llegue un día en que su ciudad no sea más que un museo del militarismo, el odio y la venganza.

Pero si en Berlín faltan jóvenes, lo que sobran son perros. Yo diría que en Berlín hay por lo menos tantos perros como personas mayores. De todas las clases, tamaños y colores. El perro es probablemente la criatura mimada de los berlineses, y acompaña a su dueño donde quiera que vaya. ¡Menos mal que existieran locales reservados únicamente para personas! Si no, estoy seguro de que en Berlín nos encontraríamos perros hasta en la sopa. Y palabra que no exagero.

Mas hay que volver al tópico. Porque, ante todo y sobre todo, Berlín es una ciudad amurallada. Berlín, ciudad sin alas. El muro no es tanto una realidad material, cuanto psicológica. En la conciencia de todos está ese cinturón de alambres, púas y torres de vigilancia, y el múltiple recuerdo de los que murieron al intentar atravesarlo. Se vaya en la dirección que se vaya, antes o después, se topa con la fatídica frontera: «Atención: fin del sec-

tor británico». Hasta en los mismos lagos, unas boyas indican la línea divisoria.

Recuerdo haber visto, hace unos años, una escalofriante fotografía: una mujer se descuelga por el balcón de una casa hacia el Berlín occidental, ayudada por los transeúntes, mientras, desde el balcón, unos policías orientales tratan de impedir su fuga. De casas como la de la fotografía hoy no queda casi ni rastro. Todos los edificios fronterizos han sido demolidos, dejando entre ambos Berlín una amplia avenida acordonada, con una espléndida iluminación. La avenida sólo sirve para los vigilantes orientales. La iluminación, para que no sea posible la huida nocturna. Aquí y allá, algún resto de antiguos comercios. Me impresionó especialmente un pequeño anuncio: «Blumen» (flores). Y la entrada de lo que fue tienda, taponada con alambres espinosos.

En ciertos sitios, unos puestos elevados permiten al curioso observar lo que sucede al otro lado de la muralla. **Unos** carteles indican que el **ascenso** a esos puestos se permite bajo riesgo propio. Desde uno de estos puestos, saluda a un anciano berlinés oriental. Y, sin quererlo, se me vienen al recuerdo las palabras de J. F. Kennedy: «Todo el que ama la libertad, tiene que ser berlinés».

Diario Regional
30 - Agosto - 1968